



FACULTAD DE TEOLOGÍA
SAN VICENTE FERRER

ANNALES VALENTINOS

REVISTA DE FILOSOFÍA Y TEOLOGÍA
Nueva Serie 2019 Año VI/Núm. 11

ÍNDICE

Ambroise Akponi Grâce divine et liberté humaine. Aspect sacramental	1
Antonio Andrés Ferrandis La música de Palestrina en la Capilla del Corpus Christi de Valencia	33
Juan José Garrido Zaragoza El camino del intelecto humano hacia Dios. Breves reflexiones	67
Mario Alberto Haller Aproximación a la reforma protestante desde la catequesis y la liturgia. “Hemos aprendido que lo que nos une es más de lo que nos divide”	85
José Antonio Heredia Otero Valores y virtudes, la necesidad de una conjunción	107
José Lendoiro Salvador Manuel Pérez Arnal y el sindicalismo femenino católico valenciano (1912-1936)	123
Abdón Moreno García Sólo quien conoce a Dios conoce al hombre: Romano Guardini	183
Juan José Garrido Zaragoza Presentación del libro <i>Liberalismo y democracia en la obra de Ortega y Gasset</i> de Angel Peris Suay	201
Recensiones	211
Publicaciones recibidas	235
Fe de erratas	241

VALORES Y VIRTUDES, LA NECESIDAD DE UNA CONJUNCIÓN

*José Antonio Heredia Otero, o.p.**

RESUMEN

Scheler saca el valor tanto del formalismo como del psicologismo dándole la objetividad siendo este el comienzo de la axiología moderna. Aristóteles y santo Tomás elaboraron su ética basándose en las virtudes y no en los valores. Ahora bien, la afirmación básica de la virtud es: la repetida realización del valor. Al final ese valor se acaba instalando en la persona que lo realiza dando lugar a la virtud y por tanto, se ha acortado la distancia entre el “ser” del valor y el “deber ser” de la virtud.

PALABRAS CLAVE

Valores, Virtudes, Ética, Axiología, Neurociencia.

ABSTRACT

Scheler brings out the value of both formalism and psychology by giving objectivity this being the beginning of modern axiology. Aristotle and Saint Thomas elaborated their ethics based on virtues and not values. Now, the basic affirmation of virtue is: the repeated realization of value. In the end that value ends up being installed in the person who performs it giving rise to virtue and therefore, the distance between the “being” of the value and the “must be” of the virtue has been shortened.

KEYWORDS

Values, Virtues, Ethics, Axiology, Neuroscience.

1. ¿QUÉ SON LOS VALORES?

Los valores y La ciencia de los valores

Como afirma santo Tomás: “estrictamente hablando nadie puede imponer una ley a sus propios actos”.¹ Es decir que, la buena voluntad no se basta a sí misma ni puede suplantar a Dios como origen de todo ser ni de todo valor. Igualmente, decía Unamuno en su diario: “ser buenos es hacerse divinos, pues solo Dios es bueno”.² Es decir, que Dios es el origen

* Facultad de Teología San Vicente Ferrer. Valencia (España).

¹ S.T., I-II, 93,5.

² M. de UNAMUNO, *Epistolario I (1880-1889)*, Universidad de Salamanca, Salamanca 2017, 646.

de toda bondad, todo valor y toda perfección y por tanto creer en Dios es reconocerle como tal. Kant en cambio, afirma lo uno, pero niega lo otro, ¿es esto una contradicción? La Axiología, en cuanto ciencia de los valores, nos puede ayudar.

Los valores en sí o infinitos son los ideales que señalan el sentido de nuestra vida y señalan las perfecciones de Dios.

Los valores finitos, en cambio, son los que el hombre actualiza con su acción y son reales, por lo que pueden ser percibidos por la “intuición axiológica”. Es decir, un deber ser, que el hombre siente como una necesidad, una exigencia y una llamada. El problema es que siendo ideales son reales, pero esto no impide que el hombre oriente su vida hacia los valores y vaya transformado el valor en perfección, lo que según santo Tomas es condición del ser que está en acto³ y en referencia a la Caridad, amor a Dios, que se actualiza en el amor al prójimo.

Kant propuso una fundamentación autónoma de la ética y es así como propuso una ciencia ética que no se apoyase en ningún presupuesto, ni físico ni metafísico. La axiología aparece, en cambio, como ciencia del valor, es decir, aquello que percibimos o admitimos como valioso o antivalioso. Dicho de otra manera: a Kant, le interesa el estudio del deber ser, pero sin apoyarse en el ser. En este sentido es formalista a ultranza, ya que para él, el deber por el deber, es lo que hace a la conducta humana verdaderamente moral. Ahora bien, antes de matar, yo sé que el asesinato es malo y no necesito matar para averiguar que lo es, por tanto, los juicios de valor no son solo formales o a priori sino también, materiales y a posteriori.

La axiología, rompe con este exceso de formalismo, pues, la axiología “como todo conocimiento humano posee un elemento formal que Kant, capta primero y un elemento material que Kant ignora y cuyo alumbramiento corresponderá poner de manifiesto a Scheler”.⁴

Consecuentemente, dentro del formalismo kantiano, los contenidos valiosos carecen de interés en sí mismos, lo importante es el valor en cuanto valor y no los contenidos valiosos.

Por otro lado, la escuela de Viena (Meinong, Ehrenfels y Mülle Freinfels) se apartaron del formalismo kantiano pero se movieron en la órbita del psicologismo, de hecho para ellos, lo importante era saber si

³ Cfr. S.Th., I, II, q. 3, art. 2, c.

⁴ J.M^o. MÉNDEZ, “Pasado y futuro de la axiología”, 226.

los valores pertenecen al ámbito de lo subjetivo o de lo objetivo optando por lo subjetivo, ya que es imposible separar el valor mismo del acto que lo valora.

Para llegar al objetivismo axiológico, es preciso esperar a Scheler y Hartman. Importante fue en este sentido la aportación de Brentano, que considera que todo conocer supone algo que se conoce y es en consecuencia distinto del acto de conocer. Así pues, es posible distinguir entre valoración en tanto que acto psíquico y valor en tanto que algo al que se dirige el proceso de valorar o el juicio de valor.

Husserl y el método fenomenológico, puso de manifiesto la importancia de acercarse a la realidad para aprender de ella y evitar así deformarla con nuestros prejuicios.

el método fenomenológico consiste, pues, en re-considerar todos los contenidos de conciencia. En vez de examinar si tales contenidos son reales o irreales, ideales o imaginarios, etc., se procede a examinarlos en cuanto son puramente dados [...] no hay contenidos de conciencia, sino únicamente fenómenos.⁵

Pues bien, tanto Scheler como Hartman, son seguidores de este método husserliano.

Igualmente, no es nada desdeñable la aportación de Moore, frente al formalismo Kantiano, poniendo de manifiesto que puede haber algo a priori, como es toda intuición y que tenga a la vez un contenido material:

bueno, es una noción simple, que no podemos definir en función de ninguna otra obra. Es un dato de partida, y nunca de llegada en nuestro pensar. Por eso las teorías nunca justifican, ni tampoco descalifican la intuición. Si muchas e impresionantes teorías probasen que el fuego no quema, yo no las creería, pues van en contra del hecho primario e intuitivo de que cuando pongo la mano en el fuego, me quemó. La teoría que no respeta los datos de la intuición no sirve de nada.⁶

Así pues, Scheler, puede decirse que completó a Kant, pues mientras que Kant puso de manifiesto el lado formal: el deber ser y la finalidad de los actos humanos, Scheler descubrió el aspecto material: los contenidos valiosos que en concreto deben ser de un modo incondicional.

Scheler, considera que, si bien la ética debe ser a priori, lo a priori no debe ser necesariamente formal, de lo contrario yo auxiliaría a una

⁵ J. FERRATER MORA, "Fenomenología", en *Diccionario de Filosofía*, Ariel, Madrid 2004.

⁶ J.Mª. MÉNDEZ, "Pasado y futuro de la axiología", 229.

persona simplemente porque es mi deber independientemente de que sufra o no sufra, como es lo que propone Kant. La percepción del valor no conlleva solamente un aspecto formal sino también un aspecto material que es liberar al otro de su sufrimiento; ahí radica el valor. En definitiva, la valoración siempre apunta a un algo, que es el valor y dicho valor es distinto de la valoración.

Esto no significa que el valor dependa del resultado que se obtiene, sino que es percibido de forma a priori, sin nada previo. En definitiva, Scheler saca al valor tanto del formalismo como del psicologismo, dándole la objetividad y así es como se pone en marcha la axiología moderna en la que la cuestión de la objetividad recobra toda importancia.

Para los subjetivistas, si hay valoración hay también valor. Pero a partir de ahí se concluye también, que donde hay valor hay también valoración, lo cual no deja de ser confuso. Así, por ejemplo: ¿el teorema de Pitágoras es verdadero porque fue descubierto o fue descubierto porque era verdadero? Diremos que ya era verdadero antes de ser descubierto y no que tuvo que ser descubierto para ser verdadero. Diremos que existía el valor, pero faltaba la valoración y no al revés.

En definitiva, para que una valoración pueda ser correcta deberá ajustarse al valor en su objetividad, de lo contrario no podríamos hablar de injusticia en el caso de abuso del fuerte frente al débil. El que abusa creará que es justo lo que hace, en cambio aquí se ve claramente que el valor subsiste independientemente de la valoración. Si todo el mundo abortase, por ejemplo y juzgase dicha conducta como algo bueno, no por ello el aborto sería algo bueno en sí mismo.

Por otro lado, Hartman, consideró también la objetividad de los valores, pero fue más allá del conocimiento del valor: el valor en sí. Dicho de otro modo: ¿Cuál es el status ontológico del valor en sí? ¿hasta qué punto los valores se imponen por sí mismos?

Llegado este punto Hartman, adhiriéndose al platonismo más auténtico, dirá que el nuestro es el mundo de lo real, pero que hay otro mundo tan real como éste aunque distinto y es el mundo ideal. Igualmente es importante la libertad que se define justamente como el poder de hacer el valor o el antivalue: “Los valores solo alcanzan el estado de lo real-actual en la medida en que la libertad así lo decide. La justicia en sí es real-ideal. Pero el acto concreto y vivido de justicia es real-actual”.⁷

⁷ J.M^o. MÉNDEZ, “Pasado y futuro de la axiología”, 232.

La consecuencia es que lo real-actual es más fuerte que lo real-ideal y entonces lo que debe ser puede no ser. Hartman nos lleva pues a un terreno en el que los valores ideales pueden ser violados y su deber ser destruido. Según esto, podremos hablar por ejemplo de un criminal honrado como un héroe, lo que nos hace pensar también en un mundo sin Dios que haga justicia. La solución platónica ha llevado a Hartman a un ateísmo axiológico que en nombre de la libertad desafía a la justicia. Esto se ve más claramente a continuación.

La Jerarquía de los valores

Si partimos de la base “el hombre y la sociedad progresan en la medida en que los valores son mejor conocidos y respetados”⁸ entonces, no todos los valores son iguales e incluso puede haber un rango entre ellos. Esto que no vemos de golpe, lo deducimos del hecho de que la intuición de lo valioso no funciona solo ante un valor aislado, sino que normalmente comparamos dos valores entre sí. Ahora bien, tanto Scheler como Hartman. Afrontaron este fenómeno de forma diversa.

Según Scheler, es más valiosa la generosidad que la justicia. Por ejemplo: pagar a un obrero su salario es justo, pero ayudar a ese obrero porque no llega a final de mes con algún incentivo es un valor más alto dirá Scheler. La generosidad es así, más alta que la justicia y dentro de una escala quedaría por encima de ella.

En cambio, Hartman, considera un criterio distinto. Por ejemplo: si comparamos la justicia con la amabilidad, la justicia es más valiosa ya que la amabilidad sin justicia carece de valor. Por tanto, es la justicia previa lo que hace valiosa la amabilidad. Aquí el criterio no es la altura sino la fuerza.

Según este criterio, los valores más altos serán los más débiles, en cambio los más bajos serán los más fuertes. La justicia que es un valor más bajo que la amabilidad, es en cambio más fuerte, mientras que la amabilidad que es más alto que la justicia, es en cambio más débil.

Hartman estará de acuerdo con Scheler en colocar la amabilidad por encima de la justicia, pero mientras que para Scheler el valor desciende de arriba hacia abajo, para Hartman sube de abajo hacia arriba.

⁸ J.M^a. MÉNDEZ, “Pasado y futuro de la axiología”, 233.

Mientras que, para Scheler, el valor desciende del cielo a la tierra, de manera que podemos colocar a Dios como el valor más alto; en cambio para Hartman, el valor asciende, más bien de la tierra hacia el cielo y Dios en este caso, no cuenta.

En el fondo ambos dicen lo mismo, para Scheler, la generosidad sin justicia queda anulada y para Hartman, la generosidad queda por encima de la justicia, ya que un hombre justo y amable es preferible a un hombre solamente justo. Por tanto, altura y fuerza no se contradicen. Ahora bien, a diferencia de Hartman, Scheler, con la altura, está invocando la mayor o menor dignidad o mérito que atribuimos a los diversos actos humanos, mientras que Hartman, con la fuerza, lo que está indicando es una especie de orden en la realización de los valores: si antes no se vive el valor A, el valor B se esfuma. Se trata de cosas o dos dimensiones distintas. Si las colocamos en un mismo plano tendríamos en la línea vertical la altura y en la línea horizontal la fuerza; ambas se complementan y esto es lo que José María Méndez, llama: “la primera ley axiológica”,⁹ es decir: que lo que se gana en altura se pierde en fuerza, de este modo, en caso de que tuviéramos alguna duda en cuanto a la altura, podemos siempre recurrir a la fuerza. Por ejemplo: el asesino que no roba no suele ser alabado por su respeto a la propiedad, aunque sea un hecho, ya que le falta el valor más bajo y vinculante del respeto a la vida. La fuerza, condiciona el valor más alto al valor más bajo. El amor impide el engaño, luego el amor es más alto, pero la veracidad es más fuerte y entonces estará por debajo del amor. O también: sin el respeto a la vida no puede darse el respeto a la propiedad, luego la mayor fuerza del respeto a la propiedad me da la clave para colocar el respeto a la vida por encima de él.

Esto se robustece aún más, si contemplamos el antivalor, ya que el orden de los antivalores reproduce el orden de los valores. Un asesinato diremos que es peor que un robo y un robo peor que una mentira y la mentira peor que el desamor, luego el asesinato es más fuerte, que el robo la mentira y el desamor y el desamor es más elevado que la mentira, el robo y el asesinato.

Ahora bien, mientras que la altura puede ser positiva o negativa, la fuerza es siempre positiva. No existe fuerza negativa. Entre el amor y el desamor, cabe un más-menos, pero entre el desamor y la mentira solo cabe un más; a más de lo uno corresponderá más de lo otro. A más

⁹ J.M^o. MÉNDEZ, “Pasado y futuro de la axiología”, 235.

desamor cabra esperar más mentira. En una palabra, altura y fuerza se complementan pero no son simétricas.

Necesidad de la Axiología

Profundizando un poco más, podemos construir una escala según los cuatro estratos valiosos elementales como son: lo económico, lo ético, lo estético y lo religioso.

Según la altura, pondremos enseguida los valores económicos como los más bajos, el bienestar material no es un gran mérito en cambio es bueno y deseable. Por encima de los valores económicos colocaremos los valores éticos, ya que un hombre puede ser rico, pero holgazán y si en cambio es trabajador su altura moral es mayor, pero si además destaca por sus cualidades artísticas, su simpatía o buen humor, su personalidad es más rica y completa al incorporar estos valores estéticos a los éticos. Al final colocaremos los valores religiosos a los que es más difícil llegar, ya que exigen los anteriores (fuerza) pero además, porque suponen la aceptación del sufrimiento en aras a un amor más desinteresado. Este sería el duro camino ascendente de la perfección axiológica lo que equivaldría también a una visión completa y sintética de la vida moral.

Ahora bien, si es cierto que casi todo el mundo está dispuesto a colocar el valor económico en el lugar más bajo y el religioso en el más alto, hay quienes consideran los valores éticos más altos que los estéticos.

Necesitamos un criterio para salir del atolladero y este criterio nos lo dará la fuerza. La ley de la fuerza, nos indica que solo cuando se han observado las exigencias éticas, empiezan los valores estéticos a ser verdaderamente valiosos, por tanto, si la ética es más fuerte, será también más baja. La primera ley axiológica, que formulábamos anteriormente ha sido esclarecedora y por tanto, es de gran ayuda a la hora de poner orden en los valores que se mezclan en las situaciones concretas.

Hemos visto, cual es la función de la axiología: primero, la importancia y la identificación de los valores y después, su jerarquía. Ello nos ayudará en los conflictos a los que hay tenemos que hacer frente sobre todo en moral donde muchas veces aparece el conflicto de valores y es necesario identificarlos y ordenarlos según la altura y la fuerza.

2. DEL VALOR A LA VIRTUD: LA VIRTUD REALIZA EL VALOR

Efectivamente, Aristóteles y santo Tomás elaboraron su ética basándose no en los valores sino en las virtudes. La virtud es para ellos un hábito operativo bueno, es decir, una perfección acorde con la naturaleza del hombre, adquirida de un modo estable mediante la repetición de actos. Según esto, lo bueno dice relación con lo natural en el hombre.¹⁰

Una vez que hemos determinado qué hábitos son buenos y cuales malos, podemos comprender como la repetición de actos buenos constituye una virtud o perfección de la persona que la va plenificando en su ser.

Es evidente que la repetición de actos valiosos facilita la acción buena y nos capacita para proseguir realizándola con un menor esfuerzo. Por tanto, la virtud, es una capacidad nueva que antes no teníamos.

Para santo Tomás, la virtud es un hábito operativo¹¹ que se ordena al bien¹² de modo que la inclinación se asemeje al movimiento natural: “la costumbre se vierte de algún modo sobre la naturaleza y hace que la inclinación se asemeje al movimiento natural”.¹³

El vicio, por el contrario, es la facilidad o proclividad para perseverar en el mal, mediante la repetición de actos perversos.

Estamos ante algo añadido al ser del hombre pues, por ejemplo, un hombre colérico que se esfuerza por respetar a los demás acabará colocando su pasión bajo el control eficaz de su voluntad y viceversa, el que continuamente cede ante la cólera, acaba incapacitado para dominarla y parece que la voluntad es dominada por ella.

Todo esto, hace referencia, sobre todo, a los valores de autodominio y por tanto, a las virtudes derivadas de la templanza y la sobriedad. Los movimientos o impulsos denominados pasiones, como la ira, avaricia, envidia, placer sexual, deseo de la propia excelencia, curiosidad insaciable etc., provienen del mundo de la naturaleza, pero en la condición presente del hombre, estos no se integran de forma espontánea y armónica hacia dónde señale la voluntad, como lo hace la mano al escribir o las piernas al andar, es decir, colaborando en todo, con lo que la voluntad desea, sino que parecen escapar al dominio de la voluntad.

¹⁰ J.M^a. MÉNDEZ, *Virtudes y Valores*, Estudios de Axiología, Madrid 1978, 429ss.

¹¹ S.Th., I-II, 55,2.

¹² S.Th., I-II, 55,4.

¹³ S.Th., I-II, 58,1, c.

Es la propia naturaleza la que exige una educación de las pasiones, de forma que estas se adecuen a la razón, y de manera que, si una y otra vez la pasión es encaminada al bien, al final la propia pasión toma esa tendencia hacia el bien y hace posible el trabajo de la voluntad. Se ha adquirido un hábito bueno o segunda naturaleza y esto es la virtud con su contrario que es el vicio.

Por otro lado, la pasión, por naturaleza, no atisba el valor, sino que es mediante la ayuda de la razón como se adecua a él. La pasión y su impulso a la acción dependerá de su proveniencia, es decir, de aquellos estratos que pertenecen al mundo del espíritu o al de la naturaleza. Es por ello que el hombre reconstruye su unidad interior mediante la fidelidad a los valores y la destruye si actualiza los antivalores.

Cuando el hombre en su sabiduría y bondad dirige hacia el valor sus impulsos de ira, comodidad, placer, etc. no una sino muchas veces adquiere el hábito del bien obrar y sus pasiones apuntan instintivamente hacia el bien. No hay disparidad entre la razón y la pasión y la voluntad actúa con facilidad el valor ya que las diferentes fuerzas van en la misma dirección. En cambio, el vicio, que actualiza el antivalor, rompe la unidad interior de forma que, aunque la voluntad quiera encontrará una fuerte resistencia en la pasión. La guerra ha comenzado en nuestro interior.

Llegamos así a la afirmación básica de virtud: es la repetida realización del valor. Una vez determinados los valores podremos derivar de ellos las virtudes correspondientes, de manera que a cada contenido o materia valiosa corresponda una virtud y habrá tantas virtudes como valores materiales. Al final ese valor se acaba instalando en la persona que lo realiza y tenemos la virtud, es decir se ha ido acortando la distancia personal entre el ser del valor y el deber ser de la virtud.

Pero más aún, la virtud participa en el ser del valor. Así, por ejemplo, un acto de lealtad, aparece en la historia como un acto finito o una cantidad limitada de lealtad. Es valioso porque comparte y refleja la valiosidad infinita de la lealtad en sí. Es una participación en el valor ideal de la lealtad, o del valor que se quiera considerar. En una palabra: la virtud es un valor finito que participa del valor infinito correspondiente. De hecho, un acto aislado de lealtad, o muchos actos leales no son valiosos sin más, porque el hombre lo llegue a realizar, pues también puede realizar actos desleales, sino porque participan de la dignidad infinita de la lealtad en sí. Ahora bien, en la medida en que los valores son perfecciones

del ser, la participación en el valor es también, participación en el ser, la cual nos pone, a su vez, en relación con Dios que es origen y raíz de dicha participación: Fin último.

La realización del valor, esto es, la virtud, no solo nos pone en relación con el valor sino con el ser y consecuentemente con Dios que es el que hace posible dicha operación. La participación en el ser, nos lleva al encuentro con Dios en una relación personal de amor.

Ahora bien, para poder llegar a la realización de los valores, necesitamos una predisposición o actitud básica hacia ellos, pues la libertad sin más, puede prescindir de los mismos, y al prescindir de los mismos, prescindir de Dios como fin último.

Por ello es necesario una serie de virtudes formales, que no tienen una materia específica, sino que son actitudes básicas que afectan a todas las materias valiosas por igual. Tales son: la humildad, la constancia y la prudencia.

3. LAS VIRTUDES FORMALES

La Humildad

La humildad es reconocer que el origen de todo valor está en Dios y no en la autonomía de la libertad humana, en su poder-hacer, que le llena de vértigo y entonces intenta la imposible: ser como Dios. En este sentido, la raíz de toda virtud es la humildad, lo mismo que la raíz de todo pecado es la soberbia.

La humildad, es aceptar los valores como fines de nuestra existencia y consecuentemente aceptar que lo bueno es Dios, fuente de todo valor, de forma que admitir un valor es ya admitir que Dios existe ya que normalmente los que niegan los valores lo que hacen es negar unos para defender otros.

Más aún, el ateo en su conducta sigue creyendo en algún valor. Por ejemplo, muchos que claman que Dios ha muerto claman en cambio airados contra la injusticia social.

Por tanto, la primera virtud formal sobre la que se apoya el edificio moral es la humildad, esto es reconocer que los valores son los fines que dan sentido a nuestra vida y por tanto, estar dispuestos a obrar en consecuencia. Santo Tomás dirá en este sentido que la humildad es “aquella

virtud que considera la sumisión del hombre a Dios".¹⁴ Igualmente, podemos hablar de obediencia en lugar de humildad, ya que el hombre que toma los valores como fines y a ellos acomoda su conducta obedece a la ordenación que Dios ha hecho de las cosas, sin embargo, la obediencia se refiere normalmente a lo ético u obligatorio y no se aplica por ejemplo al amor sino forzando su sentido. Por tanto, la obediencia se reserva fundamentalmente a los valores éticos, mientras que la humildad se aplica sin dificultad a todos los valores. Referidas a Dios, ambas sí coinciden, pues Dios como fin último es el valor de los valores. El humilde es tanto el que acepta los valores como fines y el que obedece a Dios.

La disposición contraria es la soberbia o adhesión al mal. Pero la soberbia en estado puro no se da en el hombre, ya que, en el hombre, la adhesión al mal no solo se da por decisión libre, sino también por ofuscación de la inteligencia y por la llama de la pasión. Solo el maligno puede hacer el mal por el mal, por puro desprecio de los valores y por mero odio a Dios. En cambio, el hombre es más bien desconcertado por un espejismo. El mal se le presenta como bueno y por eso lo hace. A veces la ignorancia o la ceguera de la inteligencia le llevan a confundir el mal con el bien. Otras veces las pasiones le arrebatan y le presentan como deseable y apetitoso lo que es malo. Pero, aunque la soberbia está atenuada, no por ello deja de ser soberbia, de lo contrario estaríamos negando la libertad y por tanto la dignidad de la persona. Si el hombre es libre, puede elegir libremente el mal. Si la voluntad no eligiese libremente el mal, el hombre ya no sería libre ni moral. Las atenuantes: tentación, engaño, ignorancia, pasión, etc. disminuyen, pero no anulan la libertad.

La presencia de la soberbia equivale por tanto a la intervención de la libertad positiva, pues la soberbia es el acto de la libertad que elige el mal. La concupiscencia procede del cuerpo, y la ignorancia del entendimiento. En el pecado del hombre tanto la debilidad del cuerpo como de la inteligencia intervienen indirecta y subordinadamente, solo en la medida en que hay soberbia, o sea en cuanto que la libertad escoge el mal con su propia y exclusiva decisión, hay pecado.

Así pues, en la medida en que el acto procede de la libertad positiva, esto es, de la voluntad, es humano. La concupiscencia o la ignorancia pueden ser atenuantes, agravantes o eximentes. Si son eximentes, no ha habido libertad positiva como tal, pero en los demás casos, con mayor o menor intensidad sí y, por tanto, la soberbia o la humildad tienen

¹⁴ S.Th., II-II,161,1.

la última palabra en el momento de calificar como buena o mala una determinada conducta.

La Constancia

Aceptar los valores no equivale a realizarlos, una cosa es ver algo y otra alcanzarlo. Es necesario decantarnos hacia los valores y no de forma esporádica sino constante. Por eso, la segunda virtud formal es la constancia o perseverancia en el esfuerzo hasta que la conducta sea valiosa. El vicio formal opuesto es la pereza.

Hay que traer de hecho a la existencia los valores, vivirlos y esto no es algo automático, sino que requiere esfuerzo en la realización de los valores por parte de la libertad. Puede que a veces tengamos buenas inclinaciones y encontremos gusto y deleite en algo valioso en sí, pero puede ocurrir lo contrario y entonces se presenta la lucha moral en toda su dureza. Hay que frenar entonces el movimiento pasional, contener su inercia y dirigirlo hacia el valor. La constancia es entonces la virtud formal que consiste en dirigir con más o menos fuerza a las pasiones hacia el bien.

Lo contrario es la pereza, que evita la fatiga en la lucha moral, tanto cuando las pasiones se dirigen hacia el bien como cuando se dirigen hacia el mal. El perezoso no desprecia los valores ni su jerarquía simplemente se siente sin fuerzas y sin ganas para vivirlos. Es una renuncia en la escala de la montaña de los valores. Quizá se viven los valores más bajos, pero se abandona la batalla ante los valores más altos, lo que equivale a ser mediocre o tibio.

No es tan grave como la soberbia, pero no es menos letal pues la omisión de un valor es ya una traición moral que supone la realización de un antivalue, una actualización del mal y por tanto un pecar.

Los tratados clásicos, llaman a la constancia, fortaleza. La fortaleza que según algunos, “está siempre referida a la muerte a la que mira en todo momento. Ser fuertes significa en el fondo estar dispuestos a morir”.¹⁵ Pero esto supone, que la constancia se ha unido a un valor material y ha dado lugar a la virtud.

Tanto la humildad como la constancia hacen que el hombre se integre, tanto en su ser personal como en su ser social.

¹⁵ J. PIEPER, *Las virtudes fundamentales*, Rialp, Madrid 2003, 185.

La Prudencia

Pero tampoco la decisión eficaz basta para realizar los valores, pues las circunstancias a veces lo impiden. Hay que ponderar con cuidado y habilidad dichas circunstancias para acertar en la situación concreta. Lo contrario a esta virtud formal es la imprudencia, es decir, la precipitación o inconsideración en el obrar de forma que impida a nuestra conducta ser valiosa.

Según santo Tomás: “el prudente ha de conocer no solo los principios universales de la razón sino también las realidades concretas sobre las que versa la acción moral”.¹⁶ Según esto, la prudencia es la virtud formal que aplica o ajusta los valores ideales y teóricos a las circunstancias concretas en que estos se presentan. Pues los valores raramente aparecen en estado puro. Cuando esto ocurre la conciencia responde inmediatamente y capta la realidad del valor. Esta es la llamada “intuición material de los valores”, que está en la base de la filosofía de los valores. Ahora bien, de ordinario un valor no aparece solo o sin interferencias de otros valores o sin elementos distorsionantes; más bien, los valores se presentan acompañados de otros valores o de circunstancias que modifican o complican el juicio moral que primeramente se nos ocurre. La prudencia entonces consiste en saber analizar todas estas circunstancias para corregir en consecuencia el juicio primitivo. Es decir, que una cosa es la doctrina moral teórica o elenco de los diversos valores en abstracto y otra la ciencia moral práctica que nos dice lo que hemos de hacer teniendo en cuenta todas las circunstancias.

Efectivamente, no sería una ciencia útil la del que sabe cuáles y cuántos son los valores, pero no sabe llevarlos a la vida real. Pero tampoco es posible una casuística que no parta de la base de una axiología teórica.

La prudencia es pues la virtud de examinar las circunstancias y adaptar a ella los valores implicados en la acción, por ejemplo: robar es malo pero la cantidad de dinero robada hace el robo más o menos grave.

Otras veces, las circunstancias implican la intersección o conflicto de valores, no en el plano teórico sino en el práctico, lo cual es consecuencia de la presencia del mal en el mundo. Solo en un mundo donde todos fuesen buenos y viviesen todos los valores desaparecerían los conflictos entre valores.

¹⁶ S.Th., II-II, 47,3.

Normalmente se resuelven dando preferencia al valor más bajo y aplazando la realización el valor más alto para mejor ocasión, o se omite definitivamente. La no realización del valor más alto se considera como un mal menor. Así el médico miente al enfermo, si sabe que decirle la verdad pondría en peligro su vida. Esto sería un mal menor. En general para todo valor pueden encontrarse casos en los que no deba ser hecho, y para todo antivalor casos en los que deba ser hecho.

Sea como sea, es misión de la prudencia aplicar los valores al caso concreto, no con ánimo de sustraerse a las propias responsabilidades, ya que eso no sería prudencia sino astucia, sino con ánimo de realizar el mayor número de valores posibles.

La prudencia tiene un fuerte matiz intelectual, ya que es el entendimiento el que informa a la voluntad sobre la bondad o la malicia de la acción concreta, para lo cual es necesaria la formación. Por eso el vicio contrario a la prudencia es la ignorancia, y concretamente la ignorancia culpable. De ahí la obligación de formar la conciencia. Por tanto, todo el que aspira a realizar los valores debe formar su propia conciencia en el amor a la verdad de forma que pueda alejarse tanto de los prejuicios como de la autojustificación.

4. LAS NEUROCIENCIAS Y LOS VALORES

La Neuroética, recientemente, aunque en conexión con la bioética, que versa sobre la consideración de las buenas o malas consecuencias de la práctica médica y de la investigación biológica, considera nuestra “consciencia” y del sentido de nuestro yo, algo que es central para nuestro ser. Nos encontramos ante un ámbito que, sobre todo al analizar las enfermedades mentales o los trastornos de conciencia derivados de las lesiones cerebrales, como es el estado vegetativo o muerte cerebral, está teniendo cada vez más, mayores repercusiones. Pues bien, algunos han llegado a plantear en este sentido, la existencia de un cerebro moral.¹⁷

Ahora bien, el cerebro humano es un órgano y lo moral se refiere a un comportamiento. Así pues, el cerebro no se comporta moralmente, sino que es la persona la que lo hace sirviéndose de él. Lo único que sí podemos afirmar es que el ser humano actúa moralmente y lo hace gracias a su cerebro.

¹⁷ C.J. CELA CONDE – F.J. AYALA, *El cerebro moral...*

Actuar moralmente supone, por tanto, tener en cuenta los valores y hacer juicios de valor. ¿La pregunta será si estos juicios de valor son propios de nuestro cerebro o simplemente forman parte de las tradiciones religiosas y culturales?

De entrada, el cerebro humano en relación al cuerpo es extra-alométrico, es decir, que es más grande que lo que correspondería a un primate de nuestro tamaño corporal. Pero no solo ha ido evolucionando en volumen sino en especialización, de manera que:

los cromañones que entraron en Europa durante el pleistoceno superior contaban con ciertos rasgos conductuales avanzados como un gran desarrollo tecnológico, una capacidad simbólica que se hace manifiesta en las policromías realistas de las cuevas del sur de Francia y norte de España [...] cabe sostener la hipótesis de que esas características distintivas de los humanos modernos se producían a la vez que se producían las expansiones frontal y parietal de la corteza cerebral.¹⁸

Así por ejemplo, nos encontramos ante un fenómeno curioso: ante la relación entre hacer herramientas y poderlas utilizar también para matar, tuvo que existir, un factor capaz de proporcionar un equilibrio y ese factor equilibrante sería la moral.¹⁹

Dado ese crecimiento y complejidad de nuestro cerebro, es como podemos plantearnos la cuestión de la organización cerebral en relación al comportamiento moral y concretamente en relación con los juicios morales.

Se realizó un experimento,²⁰ en el que se planteaba un dilema: supongamos que un tranvía fuera de control está a punto de atropellar y matar a cinco personas y que el sujeto puede presionar un interruptor que desvíe el tranvía hacia una vía secundaria donde matará a una sola persona en lugar de a las cinco ¿es correcto presionar el interruptor? Y ¿qué ocurriría si la única forma de salvar a las cinco personas fuese empujar a otra persona más corpulenta frente al tranvía, matándola pero salvando así a los demás?

El resultado dio prácticamente que casi todos consideraban que accionar la palanca era correcto, en cambio, era incorrecto tirar a alguien

¹⁸ C.J. CELA CONDE – F.J. AYALA, *El cerebro moral...*, 31.

¹⁹ K. LORENZ, *Das sogenannte Böse: zur naturgeschichte der Aggressions*, Borotha-Shoeler, Viena 1973.

²⁰ J. GREENE – J.HAIDT, “How and where does moral judgement work?”, *Trends in cognitive Neuroscience* 6 (2002) 517-523. S.Th., I-II, 55,2.

al tren, aun cuando el resultado de ambas acciones fuera el mismo: moría una persona y se salvan cinco.

Los observadores pudieron comprobar que en el primer caso se trataba de algo impersonal: accionar la palanca, mientras que en el segundo caso era algo personal: empujar a alguien corpulento.

En el primer caso, el cerebro no intervino o mejor dicho, lo hace de una forma automática, emocional, mientras que, en el segundo caso, la emoción quedando aletargada por un breve espacio, permitía al cerebro actuar e impedir que el sujeto, sea echado al tren.

Esto ha dado pie a estos investigadores a pensar que existe un componente moral en el cerebro o cerebro moral, que aparece cuando se da la implicación personal a través del contacto físico con alguien.

Encontramos ahí, no solo una relación entre la mente y el cerebro sino también la existencia de un llamado cerebro moral o fuente de valoración que hasta ahora no se había tenido la oportunidad de percibir.

Todo esto pone de manifiesto que tanto los valores como las virtudes forman parte de la vida del hombre y que vivir una vida digna del hombre es poder llevar los valores a la práctica y es ahí donde interviene la virtud.

Necesitamos profundizar también en lo que la neurociencia ha puesto de manifiesto y sobre todo tendremos que pedir a la axiología mayor colaboración pues si algo necesitamos de verdad es una filosofía de los valores que nos permita adentrarnos en la aceptación de los valores y en reconocerlos como lo que da sentido en nuestra vida o dicho de otro modo: que vivimos para hacer realidad los valores.

BIBLIOGRAFÍA

- CELA CONDE, C.J. – AYALA, F.J., *El cerebro moral, Evolución del cerebro y valores humanos*, Bonallettera al Compas, Barcelona 2018.
- MÉNDEZ, J.M^a., “Pasado y futuro de la axiología”, en *Confrontación de la teología y la cultura. Actas del III Simposio de Teología Histórica (7-9 de Mayo de 1984)*, Facultad de Teología San Vicente Ferrer, Valencia 1984.
- TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*.